

# Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

<http://dx.doi.org/10.5209/hics.72276> EDICIONES  
COMPLUTENSE

## Jaque al rey, juego de héroe: Vicente Blasco Ibáñez desde París, entre la heroificación y la República<sup>1</sup>

Antonio Laguna Platero<sup>2</sup>; Francesc-Andreu Martínez Gallego<sup>3</sup>

Recibido: 26 de noviembre de 2018 / Aceptado: 28 de octubre de 2019

**Resumen.** Vicente Blasco Ibáñez, fundador de uno de los movimientos republicanos más importantes de la España del primer tercio del siglo XX, fue elevado en vida a la categoría de héroe y símbolo del republicanismo. El gran novelista, periodista y político, utilizó ese carisma para lanzar un feroz ataque contra la monarquía de Alfonso XIII y contra la Dictadura de Primo de Rivera a partir de 1923. Lo hizo con la ayuda de su secretario Carlos Esplá y a través de la prensa y los folletos sarcásticos. La influencia de estos papeles contribuyó, a su vez, a la glorificación republicana de Blasco tras la proclamación de la Segunda República Española.

**Palabras clave:** Republicanismo; Vicente Blasco Ibáñez; heroificación; Alfonso XIII; Dictadura de Primo de Rivera.

## [en] Chec to the king, hero game: Vicente Blasco Ibáñez from París, betwin the heroification and the Republic

**Abstract.** Vicente Blasco Ibáñez, founder of one of the most important Republican movements of the Spain of the first third of the 20th century, was high stakes to the status of hero and symbol of republicanism. The great novelist, journalist and politician, used that charism to launch a fierce attack against the monarchy of Alfonso XIII and the dictatorship of Primo de Rivera from 1923. He did it with the help of his Secretary Carlos Esplá and through the press and sarcastic pamphlets. The influence of these roles contributed, in turn, to the Republican glorification of Blasco after the proclamation of the Second Spanish Republic.

**Keywords:** Republicanism; Vicente Blasco Ibáñez; heroification; Alfonso XIII; Dictatorship of Primo de Rivera.

**Sumario:** 1. El adalid del pueblo. 2. El gran triunfador. 3. Republicano por encima de todo: “¡Soy el de siempre!”. 4. De la muerte a la idealización, de la dictadura a la República. Bibliografía.

**Cómo citar:** Laguna Platero, A.; Martínez Gallego, F. A. (2020). Jaque al rey, juego de héroe: Vicente Blasco Ibáñez desde París, entre la heroificación y la República. *Historia y comunicación social* 25(2), 451-461.

### 1. El adalid del pueblo

“Los tambores militares redoblarán con redoble de dolor, pero el muerto mandará, y las voces le pondrán palio de vivas a la República, y los vivas quedarán eternos, en la fosa valenciana, convertida en sepulcro nacional, a dónde irán generación tras generación los valencianos atraídos por la vida y muerte de su héroe” (*La Calle*, 8/5/1931).

El semanario *La Calle*, editado en Barcelona, dirigido por Juan Guixé Audet, leído en toda España, habla de Vicente Blasco Ibáñez. Justo acaba de comenzar la andadura de la Segunda República.

Héroe o mito es la denominación empleada para identificar al ser humano que lleva a cabo hechos de gran trascendencia, hechos que sobrepasan con creces los límites de la normalidad y que le valen al protagonista la recompensa de la inmortalidad, al menos en la memoria del pueblo. Por invitación de Carlyle, pero incluso antes que él, las culturas románticas construyeron su friso mítico y heroico para cumplir diversos cometidos: desde la construcción de un panteón nacional —el de los santos laicos del altar patriótico— hasta la ubicación de referencias en las culturas políticas liberales (Martínez, 2003; Garrido, 2000 a y b). Vicente Blasco Ibáñez, el

<sup>1</sup> Este artículo ha sido realizado en el marco del proyecto CS02015-66667-R, financiado por MINECO-FEDER.

<sup>2</sup> Universitat de València.  
antonio.laguna@uv.es

<sup>3</sup> Universitat de València.  
francesc.martinez@uv.es

valenciano que nació un 29 de enero de 1867 y murió unas horas antes de cumplir los 61, en 1928, responde perfectamente a uno de los significados que el diccionario de la RAE le da a la palabra héroe, esto es, “persona ilustre y famosa por sus hazañas o virtudes”. También al concepto de líder carismático, especialmente en su acepción de persona con capacidad para transformar, gobernar y ordenar el mundo en el que vive (Shils, 1965). Responde, así mismo, al intento de la cultura política republicana de hacer de él una referencia mítica. Sin, como era común, esperar a su muerte. Aunque lo fue tras ella, como expresó Alejandro Lerro en un libro de homenaje en el que tituló su aportación “Símbolo”: «Era Blasco uno de los altos valores que le quedaban a la democracia republicana. Sentíamos como si fueran propios, sus éxitos (...)» (AAVV, 1929: 148). Como si fueran propios. El mito, el héroe, el carismático, el símbolo, requieren la comunión de su grey (Lindholm, 1992). Desde que la Revolución Francesa –a la que tanto amaba Blasco– lanzó su culto secular a la Razón Suprema, con sus festivales, rituales y lugares de culto, la religión secular se vinculó a diversas tradiciones políticas (Mathiez, 2012; Gentile, 2006; Box, 2006). Blasco fue sumo sacerdote de la religión política republicana.

Desde luego, en las biografías de Blasco, hazañas y virtudes se suceden ininterrumpidamente desde su misma juventud. Siendo estudiante sufre su primera condena de cárcel por defender al pueblo que idolatra. Aún no había cumplido los 20 cuando pone en marcha su primer periódico, el semanario *La Bandera Federal*, protagonista decisivo de todas las movilizaciones y protestas que se llevan a cabo contra la opresión y la injusticia en la ciudad de Valencia desde 1889. Un año después, Blasco vive su primer exilio en Francia, su país de adopción. En 1894 funda *El Pueblo*, la tribuna más contundente contra la monarquía, la iglesia y todos aquellos que simbolizan el poder. Por los artículos de opinión que ofrece cada día la primera columna del diario, como el escrito el 19/08/1896 bajo el título: “Que vayan todos, ricos y pobres” en el que clama contra la injusticia del sistema de quintas, Blasco sufrió constantes denuncias, unas acababan en multas y otras con él en la cárcel... “¿Cuántas veces suspendieron mi periódico? No lo sabría decir exactamente. Mas, calculando el tiempo que fui a la cárcel por días, semanas y meses, puedo afirmar que la tercera parte de aquel período heroico de mi existencia lo pasé a la sombra o huyendo. He estado preso unas treinta veces” (Blasco, 1986: 12).

La represión no solo tuvo consecuencias sobre la libertad de Blasco, sino que elevó su popularidad a la categoría de líder social. Cada vez que era objeto de una acción judicial, toda la prensa se hacía eco y comentaba su situación, provocando que Blasco fuese noticia de manera reiterada. De esta forma, directamente proporcional a cada denuncia, encarcelamiento o proceso, estrechamente ligado a la represión que sufre Blasco, se produce una progresiva idealización del líder caído que lo eleva a la categoría de adalid de la causa popular.

Blasco fue valorado por lo que decía, pero, sobre todo, por cómo lo decía, con la fuerza de su verbo y con el aval de la coherencia. Blasco, dijeron sus panegiristas, escribía dando la cara, asumiendo las posibles respuestas de las instituciones o personas atacadas. Su principio básico era apelar a cualquier medio propagandístico para defender al pueblo oprimido, sin importar los riesgos (Smith, 1978). Como él mismo escribió... “Si somos periodistas no es ni por industria ni por lucro, sino porque consideramos la prensa como un medio de decir la verdad, dedicando nuestros esfuerzos a combatir la injusticia, la arbitrariedad, la explotación; y a defender al débil, al desheredado, al oprimido...” (Roca, 1970: 40).

Pero el efecto no es sólo psicosocial. Tiene traducción periodística. Y si tuviéramos que representarla geométricamente, diríamos que con forma circular. Esto es, Blasco escribía, conmovía, movilizaba. Después, cuando el juez de guardia y la policía secuestraban la edición de turno de su periódico, cuando el ejército tomaba la ciudad y Blasco era detenido y encarcelado, el público volvía a conmoverse, los republicanos a movilizarse y todos periódicos, en mayor o menor medida, escribían sobre él. Blasco había sido noticia antes y después. El círculo no parecía cerrarse nunca, al menos entre 1889 y 1904, los años que van desde la puesta en marcha de *La Bandera Federal* primero y *El Pueblo* después, hasta la venta del diario. Blasco los recordará como heroicos:

“Aquellos años –digo, a partir de 1891– están llenos de aventuras, a veces peligrosas: conspiraciones y viajes de propaganda, mítines y procesos. ¿Cuántas veces suspendieron mi periódico? No lo sabría decir exactamente. Mas, calculando el tiempo que fui a la cárcel por días, semanas y meses, puedo afirmar que la tercera parte de aquel período heroico de mi existencia lo pase a la sombra o huyendo” (Blasco, 1986: 12).

La construcción de la cultura política republicana requería de mitos. En la tarea, el difunto Blasco Ibáñez no era el único dios del parnaso republicano. Ahí estaban también Pi y Margall, Figueras, Salmeron, Castelar o el superlativo José Nakens (Martínez, 2018: 41-72). Se les celebrará en el calendario republicano, en los banquetes que reúnen a los correligionarios, en las reuniones de la sociedad, se les lee en el casino, en el periódico y en la biblioteca ateneísta, se les nombra en el mitin y en la procesión cívica (De Diego, 2008). La cultura republicana se teje con sociabilidad, con prensa y con sátira (Laguna, 2018), con memoria (Martínez, 2007), con reivindicación, con procesos sonados y con líderes probos. Blasco cubría todos los frentes.

## 2. El gran triunfador

El líder político, forjado en los conflictivos años de fines del siglo XIX, cedió el paso al beligerante diputado en Cortes en los primeros años del nuevo siglo. Desde el escaño, pero también desde el periódico, siguió ejerciendo la crítica

y la denuncia contra partidos y personas, llegando incluso al campo del honor. El duelo, como expresión máxima del grado de coherencia del líder, fue utilizado -evidentemente con suerte- por Blasco en numerosas ocasiones: ya fuese un periodista, léase Fernando Arias, un político, léase Silvela, un Gobernador, léase Capriles, un militar, léase el teniente Alestuei, o un antiguo compañero convertido en mortal rival, léase Rodrigo Soriano, en todos los lances de honor, los que se consumaron y los que no, de nuevo se producía un excepcional refuerzo del público con la figura de un líder, capaz de dar la vida para demostrar la fuerza de sus convicciones y la veracidad de sus argumentos (Reig, 2000 b: 350).

A partir de 1907, fecha en que abandonó su escaño parlamentario, Blasco se consagra a la actividad literaria y empresarial, con la editorial Sempere o con Prometeo Film (Piqueras, 2003; Lluch, 2015). Salta del escaño para construir la cultura radical republicana desde la imprenta, siguiendo su propia estela en relación con *El Pueblo* y con las novelas que en ese período publicó como folletines. Gana y gasta a manos llenas, provoca tantos halagos entre sus seguidores como envidias entre algunos escritores, y sus viajes se convierten en aventuras para millones de lectores. Pero su legado político, vale decir su pasión republicana, tiene ya hondas raíces en toda Valencia.

En 1909, mientras Blasco recibe honores y agasajos en Argentina, en Valencia surge el Partido de Unión Republicana Autonomista, el primer partido de masas de nuestra historia con una organización de base que incluía la reunión, la formación y la dirección de los militantes en sedes que reciben el nombre de casinos o casas de la democracia. Allí se leerán sus novelas, se comentarán sus artículos y se celebrarán sus éxitos (Reig, 2000 a). Allí Blasco pasó a ser, junto con algunos de los republicanos que protagonizaron la I República, especialmente Pi i Margall, el icono a venerar (*El Pueblo*, 2/12/1920). Obreros y menestrales de la ciudad, capas urbanas y agricultores convirtieron a Blasco en un nuevo dios a quien encomendarse para solucionar su triste presente (Sebastià, 2000; Reig, 1982). En las manifestaciones, el grito de ¡viva Blasco! se combinó con portar su retrato en forma de escapulario (*El País*, 16/7/1913). Y en los casinos republicanos de cada pueblo, los obreros colocaron la imagen de Blasco junto con la de Pablo Iglesias y hasta de la de Lenin (*La Libertad*, 26/9/1930). En resumen, el republicanism, comúnmente conocido como blasquismo, se articulará política y simbólicamente en torno a su figura, viviendo de sus réditos hasta febrero de 1936.

La admiración por Blasco fue creciendo a medida que sus éxitos literarios lo avalaban como el novelista español más internacional. Era el primer líder republicano conocido que conseguía triunfar mundialmente. Y era el primer representante del pueblo valenciano, no de la burguesía ni de la nobleza, quien lo hacía. A partir de ahí, ¿cómo no identificarse con esta figura? ¿Cómo no hacer suyo el éxito de Blasco, si era un republicano más como ellos? ¿Cómo no utilizar el triunfo de Blasco para demostrar a clericales y monárquicos que sus ideas y sus líderes eran mejores? No había duda, y por eso Blasco pasó a protagonizar las imágenes referenciales de los altares republicanos. Como el de la Casa de la Democracia, el casino blasquista más importante, que el 27 de marzo de 1916 inauguraba la colocación en el salón de actos de una gran fotografía del líder, “casi de tamaño natural”, obra del fotógrafo valenciano Antonio García, sufragada por los socios del casino.

La idealización del triunfador se multiplicó tras el estruendoso éxito de *Sangre y Arena* en París en el otoño de 1916. Pocos meses después, el semanario católico *La Lectura Dominical* (13/1/1917) llamaba a la juventud católica a boicotear el estreno de la película en España. Sin embargo, tal y como reconocerán todos los diarios, la película será todo un éxito de público y de resultados. El empresario, Rafael Salvador, que compró a Blasco los derechos de exhibición en España, reconocía en una entrevista que todos los distribuidores provinciales estaban pujando cantidades fabulosas por poder proyectar en sus locales: “El éxito económico ha sido excepcional. Las peticiones de provincias son tantas, que me he visto en la necesidad de preparar 90 copias del film. Un poco antes de saludar a usted, me han entregado un telefonema de una entidad bancaria de Málaga ofreciéndome 10.000 pesetas por la exclusiva de *Sangre y arena* para aquella capital. —Ofertas como-esta... —Muchas, créame usted. Pero yo he vendido a don José Bernal en 50.000 pesetas, la exclusiva de *Sangre y arena* para Andalucía y el Norte de Marruecos, y a él se han de dirigir en este caso” (*La Acción*, 29/5/1917). Y de nuevo, entre otros efectos, el que recoge *El Pueblo*, de 25 de mayo de 1917: los comerciantes de la ciudad empiezan a exponer en sus escaparates la imagen de Blasco, como el de la calle San Vicente, 120, con una imagen de 1’25 metros de altura.

En 1918, con la publicación de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* en Estados Unidos, la fama de Blasco alcanza su cenit. El mismo lo reconocía en una entrevista concedida en Montecarlo: “Mi éxito es fulminante, si se, quiere brutal, que, como ves, me tiene aturdido” (*El Figaro*, 6/3/1916). Numerosos diarios norteamericanos le dedicarán reportajes sobre su vida y obra. El histórico diario de New York, *The Sun*, en su edición de 1 de septiembre de 1918, le dedicaba toda una página bajo el título de: “‘The Four Horsemen of the Apocalypse’ Is a Work of Genius. From the Hands of the Greatest of the Iberian Novelists”. Nada más y nada menos que lo califica como “el más grande de los novelistas ibéricos”, con razón Blasco se sentía impactado. En efecto, su novela, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, había sido traducida a 18 idiomas y en EE.UU. se había reimpresso en 179 ediciones, lo que convertía a Blasco en el autor más leído en este país. Como decía un anuncio aparecido en la prensa norteamericana de principios de los años veinte, “When this man writes, every one reads”. La novela

será llevada al cine por la Metro-Goldwyn-Mayer en 1921, convirtiéndose en un gran éxito y encumbrando a su protagonista, Rodolfo Valentino. En la promoción del film, la Metro aseguraba que estaba basado en el libro más leído de la historia, tras la Biblia.

La palabra triunfo empezó a asociarse con el nombre de Blasco. *Nuevo Mundo*, de 21 de marzo de 1919, le dedicaba toda una página, incluida imagen, bajo el titular de “El triunfo de Blasco Ibáñez”, afirmando que el valenciano iba a ser el autor más leído después de Cervantes. *El Liberal* titulaba sus crónicas del novelista como “Los triunfos de un español”, al tiempo que daba detalles de su viaje a Estados Unidos. Destacaba la labor del comité de recepción dirigido por el hispanista y multimillonario Archer Huntinton, el mismo que introdujo a Sorolla en América. Pero, sobre todo, llamaba la atención sobre James B. Pond, “el primer empresario de conferencias literarias en Estados Unidos”, que se había desplazado a Niza para fichar a Blasco, como si de una gran estrella del espectáculo se tratase, para impartir conferencias por todo el país. Era el primer español en lograr tal encargo, y eso que Blasco desconocía por completo el inglés. No importaba, según Pond, el público pagaba sobre todo por ver y estar cerca de su nuevo ídolo (*El Liberal*, 20/10/1919).

Blasco estuvo en los EE.UU. cerca de un año, recorriendo 40 Estados sin parar de pronunciar conferencias y de cosechar éxitos. El 22 de febrero de 1920, tras cuatro meses de periplo, la Universidad de Washington lo nombraba Doctor Honoris Causa, siendo el primer español en conseguirlo. Fue recibido por el Senado y la Cámara de Representantes con todos sus miembros en pie y aplaudiendo. *El Chicago Tribune* le pagó 2.000 dólares por un cuento y 1.000 por cada artículo que hizo sobre la convención republicana celebrada en aquella ciudad (*Mundo Gráfico*, 30/1/1935). Por entonces 1.000 dólares equivalían a unas 7.000 pesetas y en España, un director de periódico podría cobrar entre 12 y 15.000 pesetas anuales. Blasco no daba abasto. Le llovían los encargos y las ofertas. La revista mensual de literatura y crítica, fundada en Madrid por el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y que tenía una tirada de 100.000 ejemplares, le dedicaba un artículo en cada número, informando de hechos como que, “la firma de Blasco Ibáñez tiene actualmente en los Estados Unidos una cotización extraordinaria; tanto, que no se ve revista importante de aquel país de la que el maestro valenciano no forme parte como colaborador preeminente” (*Cosmópolis*, 8/1919, 104). Su popularidad fue tal que, apenas cuatro años después, la *Revista Internacional del Libro*, editada desde Nueva York, realizaba una encuesta entre sus lectores ingleses, australianos y norteamericanos para elegir al escritor y a la obra más popular de lo que se llevaba del siglo XX, quedando Blasco y sus *Jinetes* en segundo lugar, tras H.G. Wells.

La prensa española en general, y la valenciana de forma especial, se fueron haciendo eco de este triunfo que, para los republicanos era el más grande de todos los tiempos, y para monárquicos y conservadores, enemigos de antaño, era el triunfo de un español con un pasado que había que olvidar. Dicho de otra manera, estaban dispuestos a perdonar a Blasco sus pecados de juventud si adjuraba de la política y se recreaba en sus éxitos literarios. Y todo parecía que iba a ser así. Por eso no tuvieron ningún problema en aceptar, e incluso sumarse, a los distintos homenajes que las instituciones le fueron ofreciendo. Sucedió en Burjassot, en diciembre de 1919, cuando el Ayuntamiento aprobó por unanimidad rotular con su nombre la calle Mayor. Eso sí, cuando una semana después se inaugure la lápida rotuladora, con presencia del alcalde de Valencia, la plana dirigente del PURA y con los acordes de la Marsellesa, los monárquicos protestarán por el uso partidista (*El Pueblo*, 22/12/1919).

En la ciudad de Valencia, hasta los más rancios enemigos del republicano no pudieron oponerse al homenaje que el Ayuntamiento de Valencia programó para mediados de mayo de 1921. Un reconocimiento que iba a durar toda una semana, con un programa que incluía todo tipo de festejos: día 15 de mayo, recibimiento, desfile y paso por el monumental arco del triunfo construido en su honor, y descubrimiento de la lápida que identificará con su nombre la antigua plaza de la Reina; día 16, colocación de la primera piedra del grupo escolar en el Cabañal con el título de *Mare Nostrum*; día 17, fiesta de *La barraca*; día 18, dedicado a la novela de Blasco, *Cañas y barro*, con excursión a Albufera y banquete en la Dehesa; día 19, dedicado a la novela *Sangre y arena*, corrida de toros organizada por la Asociación de la Prensa y entrega de las insignias de la ciudad; día 20, mitin en el teatro Principal con intervención de Blasco; día 21; cabalgata alegórica de las novelas de Blasco (El programa fue artísticamente editado por la Asociación Patronal de las Artes del Libro de Valencia, con versiones en francés e inglés y un amplio reportaje fotográfico. Puede consultarse en Biblioteca Valenciana, F. 7638). El cartel anunciador de estos actos que el Ayuntamiento distribuyó por toda la ciudad empezaba diciendo... “El próximo domingo, día 15, llegará a nuestra ciudad, después de largos años de ausencia, el insigne novelista Vicente Blasco Ibáñez. Vuelve como un héroe de la antigüedad, aclamado por todos los pueblos, investido con los trofeos de la más fulminante victoria que el mundo ha dispensado a un literato español” (*Las Provincias*, 11/5/1921).

*El Pueblo*, como no podía ser menos, el 21 de mayo lanzaba una edición especial de 18 páginas con portada en color, que incluía un retrato del escritor y una larga lista de colaboraciones con las firmas de Azzati, Castrovido, San José, Just, Esplá, Mori, etc. Todos se dirigían ya a Blasco como el maestro. Incluso el semanario satírico más popular de la ciudad, *La Traca*, le dedicó un particular homenaje bajo el título de “Gloria al Mestre”. Por su parte, la prensa monárquica enfatizaba los excesos del nuevo millonario, dando detalles de su residencia en Mentón, de su lujoso coche y, en octubre de 1923, del viaje alrededor del mundo que iba a realizar a bordo del lujoso Franconia, un barco exclusivo para tan solo algo más de 100 pasajeros y donde el pasaje costaba 20.000 dólares. La prensa conservadora celebraba que ya no quedase nada del antiguo revolucionario, saludando al excéntrico millonario. Pero ¿tenían razón?

### 3. Republicano por encima de todo: “¡Soy el de siempre!”

El 7 de diciembre de 1918, *Heraldo de Madrid* publicaba una carta remitida por el valenciano desde su residencia francesa en la que repetía, ante la situación política del republicanismo español, que si hacía falta regresaba para “incorporarse en las filas de la democracia y de la libertad”. Y remataba la misiva con un elocuente, “soy el de siempre”. La cuestión era, si después del enorme éxito mundial cosechado tras su etapa estadounidense, tras la fama, el dinero, los homenajes y todos los encargos que seguía recibiendo, Blasco seguía siendo el mismo. En 1918 habían pasado ya la huelga general, las Juntas de Defensa y la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona pero, como la gripe a la sociedad, la corrosión atacaba al sistema político de la Restauración. Blasco parecía impaciente. Cinco años después, un acontecimiento político de relevancia espolearía definitivamente su conciencia republicana.

De modo que el interrogante se despejó en el mismo instante que el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, diese el golpe de Estado que ponía fin al régimen del 76. Carlos Esplá, la mano derecha de Blasco durante estos años, recuerda que Blasco, antes de embarcarse en el Franconia, escribió a sus amigos políticos de España: “Quisiera realizar este viaje, anhelo ver mundo. Pero si me necesitan en España, para luchar otra vez por la República, suspenderé el viaje” (*El Blasco que yo he conocido*. Archivo Carlos Esplá, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://cervantesvirtual.com/portal/ACE/>). El éxito no le había hecho olvidar sus ideas ni sus convicciones. Quería volver a la batalla (Varela, 2016). El flanco de la corrupción de la institución monárquica no era un mal recurso. Tenía potencial (Moreno, 2017).

El 8 de octubre de 1924, finalizada la travesía alrededor del mundo que pronto se convertiría en un nuevo libro. *El Liberal*, publicaba en su primera el anuncio, “Blasco Ibáñez vuelve a la política”, lo que, a juicio del diario madrileño, había que valorar de una manera especial: “Cargado de laureles, elegido de la suerte, consagrado en el mundo entero como una de las primeras figuras literarias contemporáneas, poseyendo riquezas, su sacrificio en el altar del civismo difícilmente tiene par y es digno de todo encomio” (*El Liberal*, 8/19/1924). Así es, porque justo en esta coyuntura había recibido una carta de Palacio Valdés, proponiéndole ocupar un sillón en la Real Academia de la Lengua, a la que Blasco contesta que no puede aceptar porque va a iniciar una batalla política contra la dictadura, contra el rey y por la república. A esas alturas, Blasco ya había escrito a su amigo y secretario particular, Carlos Esplá, comunicándole su intención de dejar su residencia en Menton y trasladarla a París. Esplá, con la ayuda de Santiago Alba, debía hacer acopio de información para que Blasco tuviese en sus manos los elementos de juicio necesarios para lanzarse a la batalla (Angosto, 2001: 112). “Hay que acabar con toda esa porquería de la dictadura militar –le dice Blasco a Esplá, según éste–, pero sobre todo hay que acabar con la monarquía en España. El verdadero culpable es el rey. Lo que pasa en España es una auténtica vergüenza. Voy a escribir algo demoledor contra esa gente, contra Alfonso XIII, el gran responsable... Vuelvo a la lucha republicana” (Archivo Carlos Esplá).

Blasco contra el Rey y el dictador, David contra Goliath o el héroe que se enfrenta al gigante con su inteligencia. Pocos días después del anuncio de *El Liberal*, y en una entrevista concedida al corresponsal del mismo periódico en París, se hacía pública su intención de poner toda su capacidad, todo su prestigio y toda su fortuna para acabar con la monarquía en España. Toda una declaración de guerra que no tardó en provocar una honda expectación, tanto en Francia como en España. Pero también tuvo otro efecto colateral. En medio de este desafío, la prensa se hacía eco del nombre de Blasco como candidato a premio Nobel de literatura para 1925. Así lo recogía Rivas Cherif en *Heraldo de Madrid* de 12 de noviembre de 1924, quien pedía a *ABC* que obviase las últimas declaraciones del escritor y encabezase la lista de los proponentes por España. Poco podía intuir Rivas Cherif, mientras esto escribía, que Blasco había concluido ya la redacción de un folleto al que puso un primer título de *Una nación secuestrada. El terror militarista en España*, pero que finalmente se acabó llamando, *Alfonso XIII desenmascarado*. No lo cuentan ni Esplá ni Marco Miranda en sus memorias, pero lo que el golpe militar de 1923 intentó evitar, esto es, que el expediente de la comisión parlamentaria de investigación que presidía el General Juan Picasso se publicara y llegase a la opinión pública, Blasco lo va a conseguir de forma mucho más eficaz e impactante.

Se ha destacado, habitualmente, la colaboración entre Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez y Carlos Esplá para editar el periódico *España con honra*. En efecto, desde que llegó a París en 1922, Esplá, desde su cuartel general en el café la Rotonde, en la confluencia de los bulevares de Raspail y Montparnasse, consigue establecer una buena reunión de españoles que, tras el golpe militar de Primo de Rivera, incluirá a muchos expatriados por razones políticas. Con alguno de ellos concibe el plan de editar *España con honra* y un dirigente obrero valenciano, tipógrafo, Juan Durá les echará una mano definitiva en el menester. La imprenta que Durá ha conseguido montar en Montmartre se convierte en la redacción de la nueva publicación que aparece el 20 de diciembre de 1924 (Arco, 1988-1989). Además de a Unamuno y a Blasco, el director consigue la colaboración de José Ortega y Gasset en un semanario (quincenario a partir de agosto de 1925) que se vendía en París, pero que era introducido de contrabando en Valencia y Alicante y distribuido desde allí en el resto de España. *España con Honra* dejó de publicarse en diciembre de 1925, tanto por los apuros económicos de Esplá como por el alejamiento de Unamuno, que había dejado París (Urrutia, 2009). Los artículos de Blasco Ibáñez en *España con Honra* fueron recogidos por Carlos Esplá en un libro, *Por España y contra el rey*, publicado por la editorial parisina Excelsior en 1925 y profusamente introducido en España por los mismos medios que la publicación de la que había surgido.

Se ha destacado menos el impacto de *Alfonso XIII desenmascarado*. El folleto comienza denunciado la situación de falta de libertades que ha impuesto el golpe militar, lo que justifica que hable de “nación secuestrada”. Después de

explicar por qué decide dar un paso adelante y denunciar la situación de España, establece que su objetivo es el Rey y no los generales, a los que considera meros instrumentos: “La arboladura en el presente caso son los generales de opereta o de drama policiaco que forman el directorio. El casco es el rey. Y yo como español, declaro desde el primer momento, por patriotismo, por decoro nacional, que tiro contra Alfonso XIII” (p. 8). Entre los cargos que le lanza al monarca, destacan especialmente tres:

1. Haber apoyado a Alemania durante la Gran Guerra, “favoreciendo las operaciones navales alemanas en las costas de España” (p. 19); permitiendo los actos de una banda de forajidos, bajo la dirección del barón Koënik, que boicotearon con bombas las industrias catalanas que trabajaban para Francia; pasando información confidencial al embajador alemán obtenida del agregado francés.
2. Lo acusa de especulador y llevar a cabo todo tipo de negocios haciendo valer su posición privilegiada (p. 27); de recibir regalos, en forma de acciones liberadas, de compañías y empresas a cambio de concesiones fraudulentas, como la construcción del metro de Madrid; informa de sus amistades con propietarios de casinos y hombres de negocios de dudosa reputación.
3. Finalmente, lo acusa de ser el responsable del desastre de Annual, al dirigir las operaciones desde Madrid como si jugara con soldados de plomo, ordenando al General Silvestre la suicida incursión hacia la bahía de Alhucemas que provocó su muerte y la de 12.000 soldados (p. 33).

El folleto continúa con los trabajos de la comisión parlamentaria encargada de investigar lo sucedido, para concluir que “la culpabilidad del rey resultaba visible por las declaraciones y los documentos”, por lo que decidió “ahogar el escándalo propiciando el golpe de Estado” (p. 35). Y como prueba concluyente detalla cómo la primera medida del Directorio militar tras el golpe de septiembre fue enviar a un oficial y su escolta al Congreso para apoderarse del expediente (p. 36).

La segunda parte del folleto está dedicada a denunciar el militarismo español, representado ahora por Primo de Rivera, al que considera ejemplo de militar corrupto. Desde luego, las pruebas y ejemplos que va narrando lo dejan como un personaje depravado, ambicioso y sin principios morales algunos, por lo que no extraña que lo califique como “el barbero locuaz” y “eterno tertuliano de las casas de juego y las casas de ventanas cerradas donde se expende el amor fácil” (p. 45). El caso de “La Caoba”, a la que define como una “trotadora de aceras” detenida por tráfico de drogas, y que llevó al propio dictador a intervenir, se convierte en otro ejemplo que el folleto relata con pelos y señales para demostrar la catadura moral del personaje (pp. 47-48). Es evidente que un discurso de esta naturaleza iba contra todas las políticas de imagen y de memoria puestas en pie por la dictadura (Michonneau, 2004; Hall, 2005; Moreno, 2013; Montero, Paz, Sánchez, 2001).

La tercera parte, titulada “El fracaso del Directorio” es un repaso a todos los desmanes cometidos por el Directorio y las consecuencias sobre su pésima gestión en la Guerra de Marruecos. Le sigue otro capítulo sobre la necesidad de acabar con el militarismo para regenerar la vida del país y recuperar las libertades perdidas. Todo ello, obviamente, mediante el derrocamiento de la monarquía y la proclamación de la república. El fin del folleto es un canto a las bondades que traería la república que, además, debería juzgar a Alfonso XIII por los 25.000 cadáveres de españoles muertos en Marruecos (p. 65).

El genio literario, capaz de vender millones de novelas y captar la atención de medio mundo con sus películas, ahora había escrito el guion de la muerte de la monarquía con la misma habilidad y capacidad de mantener el interés del lector. El problema, sin embargo, era cómo distribuirlo. Blasco no dudó en jugar de farol, primero dando a entender que iba a imprimir 2 millones de copias, cuando en realidad fueron unas 200.000 en castellano y 5.000 en francés que editó Flammarion, y otras tantas en inglés para Londres y Nueva York. En segundo, anunciando desde su propio hotel en París que la distribución se haría mediante dos avionetas que había comprado para la ocasión, y que había bautizado con los nombres de “Libertad” y “República Española”. El gobierno español picó y “dispuso tropas en la frontera con Francia y Portugal, multiplicó los puntos de observación militar; y movilizó las fuerzas marítimas y aéreas vigilando el Mediterráneo”. En la primera edición, de 1924, Blasco había escrito: “Si vives en España procura que este escrito circule mucho. Dalo a leer a tus compatriotas. Si vives en el extranjero, esfuérzate por hacerlo entrar en España y con ello prestarás un enorme servicio a la liberación de un país esclavizado actualmente”; el asunto de la disposición de tropas apareció en la edición de 1925. Jugada maestra. La expectación, a pesar de la censura y de que ningún periódico recogiera la noticia del folleto, fue en aumento. De hecho, la distribución del folleto en París causó una amplia repercusión y significó la internacionalización inmediata del tema (*La Libertad*, 16/12/1931).

El gobierno español, a través de sus embajadores, se afanó en solicitar la prohibición del folleto, consiguiéndolo en muy pocos casos. Será en Portugal, donde el Gobernador Civil de Lisboa prohibirá la colocación pública de carteles la aparición del folleto y también la venta en librerías y editoriales (*Diario de Valencia*, 9/1/1925). Y en Italia, el ministro del Interior de Mussolini, Fedesconi, ordenó el inmediato secuestro y telegrafió a los prefectos para que impidieran su circulación (*El Luchador*, 17/1/1925). En Inglaterra, sin embargo, el embajador Merry del Val fracasó en su objetivo. Wickham Steed, antiguo editor de *The Times*, decidió publicar los extractos más destacados en *Review of Reviews*, lo que provocó que el *Daily Herald* siguiera su ejemplo (*El Pueblo*, 31/10/1931). En Estados Unidos, apareció en 100 periódicos y hasta los más notorios medios de Australia se hicieron eco del texto de Blasco. La

imagen internacional de Alfonso XIII había quedado hecha añicos ante el dedo acusador del segundo novelista más célebre del momento.

Respecto de España, cuenta Marco Miranda en sus memorias que Blasco estaba muy alterado, que quería repartirlo por todo el país, y que para lograr el mayor impacto y evitar la represión y la censura pretendía que la distribución se hiciera a la vez (Marco, 1975: 32; Marco, 2005: 400). Más allá de los aeroplanos, Blasco les propuso a Marco y a Esplá llevarlo por barco hasta El Puig, en Valencia, y allí “una legión de aquellos bravos marineros tomará los bultos y los dejará en alguna casa donde ustedes los recogerán”. Finalmente, el operativo para la distribución fue montado por Marco Miranda y dirigido por Carlos Esplá, que utilizó sus contactos en su ciudad natal, Alicante, para organizar el transporte mediante un carguero de toneles, que en vez de vino llevaría los libros, desde Sete hasta el puerto español. El propio Esplá cuenta cómo en la descarga de los toneles en el puerto alicantino, uno de ellos se cayó de la grúa y se rompió dejando a la vista de los carabineros del puerto los libros. La reacción del guardia indica la expectación que existía, pues inmediatamente identificó que se trataba de la obra de Blasco, pidiendo quedarse con uno a cambio de guardar silencio (Archivo Carlos Esplá, *El Blasco que yo he conocido*).

A partir de Alicante se produjo la difusión al resto del país. Marco Miranda confirma que la distribución fue generalizada: solo en Madrid y Barcelona se repartieron más de 20.000 ejemplares, 10.000 en Valencia. Cipriano Rivas Cherif relataba en *El Pueblo* cómo en unos almacenes suburbanos de Valencia, los jóvenes republicanos, entre los que se encontraba, empaquetaron los folletos que luego fueron distribuidos a toda España en el equipaje de la compañía de Mimí Aguglia, famosa actriz italiana a cargo de la Compañía Dramática Española (*El Pueblo*, 28/1/1932; Gil, 20003: 54-60). La reedición del folleto fue orquestada por Azzati con la mayor naturalidad. En la imprenta de *El Pueblo*, y conjuntamente con otras publicaciones, se llevó a cabo la faena, a plena luz del día, siendo empaquetados y trasladados los 5.000 ejemplares a los carros que esperaban en la misma puerta de la redacción... Y, de esta manera “salieron de esta imprenta millares y millares de ejemplares del folleto de Blasco Ibáñez, de los cuales se inundó después toda la provincia, por cuyo hecho fue encarcelado Siffrido Blasco, no porque se le pudiera demostrar responsabilidad alguna, sino por ser hijo de Blasco Ibáñez” (*El Pueblo*, 21/7/1932).

Ningún diario pudo hacerse eco de esta difusión, la censura lo impedía. Ni tampoco hemos encontrado noticia alguna sobre detenciones por poseer el folleto, tal y como informa Blasco que sucedió en el prólogo a la edición de 1925. Lo que sí podemos destacar es el comentario del diario *El Sol* que, al hacer balance de la dictadura de Primo en 1930, afirmaba: “Los folletos de Blasco circularon en centenares de miles de ejemplares por toda España” (*El Sol*, 18/3/1930). De hecho, entre las escasas noticias sobre su difusión, podemos destacar la de Jerez, donde la Guardia Civil decomisó varios paquetes de libros, procedentes de Sevilla, con destino “a personas de significación” (*La Atalaya*, 17/2/1925); la de Menorca, donde *El Bien Público* denunciaba, el 19 de diciembre de 1924, que centenares de personas lo estaban leyendo; la de Barcelona, donde el quiosquero de Las Ramblas, Agustín Juan Matheu, afirmará años después haber repartido 3.000 ejemplares (*La Calle*, 13/5/1932); o la de Huelva, donde la policía realizó diversos registros en domicilios buscando ejemplares. Pocas noticias, pero suficientes para confirmar la difusión generalizada de una publicación que, además, tenía el morbo de lo prohibido.

La campaña antimonárquica de Blasco tuvo varios impactos más, unos provocados por su empeño de seguir adelante con su labor de denuncia con nuevas publicaciones, otros por el error del monarca y el Directorio de responder con campañas y requisitorias judiciales que no hicieron sino multiplicar la polémica. En efecto, Blasco no paró. Tras el éxito del primero, escribió un segundo folleto, en esta ocasión titulado *Lo que debe ser la República española*, criticado por los sectores más radicales, al tiempo que seguía colaborando con *España con Honra*, cuyo título recordaba el lema que presidió la Revolución de 1868 y las barricadas valencianas de 1869.

Por su parte, las autoridades fomentaron una campaña de defensa del Rey y del dictador que, en su planteamiento, implicaba difundir los argumentos de Blasco, siquiera fuese para rebatirlos. Los ayuntamientos remitieron masivamente telegramas de adhesión y Romanones organizó un listado de políticos que debían desmentir las acusaciones de Blasco. También se organizó una reacción general para eliminar cuantos honores y reconocimientos se le hubiesen rendido a Blasco, desde la plaza en la ciudad de Valencia, cuyo rótulo fue retirado el 27 de noviembre de 1924, pasando por el boicot a su novelas y películas, hasta la propuesta de *ABC* de retirarle la ciudadanía española (*Diario de Valencia*, 21/12/1924). También se produjeron diversos desafíos para solucionar el tema en el campo del honor. El día de Navidad, el general Aguilera le enviaba sus padrinos para que aceptase batirse en duelo con él, a lo que Blasco respondió que solo se batiría con el único afectado, el propio Rey. En enero de 1925, se abrían diligencias para procesarlo por injurias al Rey, al tiempo que se ordenaba el embargo de sus bienes en Valencia, en concepto de fianza, con el fin de obligarle a declarar. El embajador español en París reclamaba al gobierno francés su detención y extradición para responder ante la justicia por el posible delito de incitar a la rebelión.

El escándalo no hizo sino crecer y el contenido del folleto fue cada vez más conocido. Y aunque el Rey desistió a fines de enero de 1925 de seguir con la demanda, los tribunales continuaron publicando requisitorias a medida que aparecía cada ejemplar de *España con Honra*. En marzo de 1925, el Juzgado del distrito de la Universidad de Madrid hacía pública en la *Gaceta* sendas requisitorias contra Blasco, Unamuno y Ortega, acusándolos del delito de “lesa majestad, atentado contra la forma de gobierno e inducción a la rebelión” (*El Liberal*, 8/3/1925). Todavía hubo otro requerimiento más, en este caso de un tribunal militar, en agosto de 1925. Blasco, como es lógico, hizo caso omiso de todas ellas y fue declarado en rebeldía. Al fin y al cabo, no era sino reconocer su auténtica condición, la de rebelde,

con la diferencia de que ya no era el joven que había levantado al pueblo contra la injusticia, sino el escritor maduro, enfermo de diabetes y mundialmente conocido que se había enfrentado a una dictadura y al rey que la amparaba. Y el precio que había tenido que pagar por su osadía no era pequeño. Como él mismo escribió en el folleto, “Lo que será la República española”, había sufrido amenazas e insultos de todo tipo y los periódicos que el día de antes lo consideraban una gloria nacional, el día después lo presentaron como “un escritor despreciable”. Pero, tal y como apostilla a continuación, “Una vida sin ideal no vale la pena de ser vivida, para los hombres ni para los pueblos. Y creyendo en este ideal, quiero vivir y morir” (Blasco, 1925, s/p).

#### 4. De la muerte a la idealización, de la dictadura a la República

Tres años después de protagonizar la batalla contra el Rey, el 28 de enero de 1928, Blasco moría en Mentón víctima de una neumonía. En ese breve trienio, la Metro había estrenado 4 nuevas películas a partir de sus novelas, que seguían traduciéndose y vendiéndose en diversos países de forma masiva, y su nombre volvió a sonar en octubre de 1927 para un premio Nobel que el gobierno español nunca aceptaría. Blasco no había pisado suelo español desde 1921, había muerto en el exilio y según los que compartieron sus últimos días, advirtió que no regresaría hasta que la república fuese un hecho.

Su muerte fue noticia en casi toda la prensa, tanto nacional como internacional. La mayor parte de los periódicos enfatizaron su triunfo literario, silenciando su última batalla política. Otros destacaron la fortuna acumulada en los últimos años, cercana a los 10 millones de pesetas. Pero todos recogieron las enormes muestras de duelo que, en toda España y de forma especial en Valencia, se sucedieron. Como tituló *La Libertad* a toda plana, “La literatura y la democracia españolas, de luto”. La censura no permitía nada más (*Heraldo de Madrid*, 18/9/1930). Pero *El Liberal* no pudo decir menos: “ha muerto sin ver instaurada la República”. Y esta frustración, unida al hecho de que sus restos se quedaron en Francia, provocó la doble identificación: la del mártir por la república, y la del monarca tirano que le impide volver a su tierra. Una identificación que no hará sino crecer conforme pase el tiempo, pues “por disposición testamentaria, o por decisión de sus familiares” sus restos solo volverían a España una vez proclamada la República (*La Calle*, 8/5/1931).

En 1930, a medida que la dictadura se debilitaba, los actos de homenaje y reconocimiento empezaron a cobrar fuerza. En el mes de julio, el Ayuntamiento de Valencia propuso levantarle un monumento en los jardines del Real. En los inicios de 1931, Barcelona le dedica una plaza en el corazón del Paralelo, Alcoi una calle y el Casino de la Democracia de Valencia un homenaje, mientras en Menton se anunciaba la construcción de un monumento conmemorativo. Apenas un pequeño adelanto de lo que va a suceder tras la proclamación de la República.

El 14 de abril estalló el júbilo y Blasco volvió a ser protagonista. Las políticas de Memoria de la República estaba por construir y Blasco era una magna opción. En infinidad de plazas donde los ciudadanos acudían masivamente a ver el izado de la bandera tricolor, acompañados del himno de Riego o la Marsellesa, muchos de ellos portaban los retratos de Blasco, junto con los de Galán y García Hernández, los otros dos mártires que no pudieron ver el resultado de su sacrificio tras ser fusilados en Jaca el 14 de diciembre de 1930. En la ciudad de Valencia, el pescador Juan Bau, uno de los líderes blasquistas del Grao, será el primero en izar la tricolor en el Ayuntamiento de Valencia mientras gritaba un ¡viva Blasco! (*La Calle*, 22/5/1932). Los nuevos ayuntamientos que se constituyen, además de colocar en lugares destacados los retratos de los héroes republicanos, acordarán rendirles honores poniendo sus nombres a las principales calles. Blasco se convierte en calle, monumento, colegio, poema, canción y cuantos elementos comunicativos simbolizan su contribución al advenimiento del nuevo régimen.

Apenas una semana después de proclamada la II República, un semanario suspendido por la Dictadura, *La Traca*, reaparecía y se convertía en un éxito de ventas. Medio millón de ejemplares fueron distribuidos a toda España, intentando responder a la demanda que llegaba de todos los rincones del país. Nunca periódico alguna había conseguido tal grado de venta en España. Editado por uno de los más fervientes admiradores de Blasco, Vicente Miguel Carceller, el primer número del renacido semanario no es otra cosa que una síntesis del folleto de Blasco. Su portada es una pierna del pueblo español dándole la patada al Rey, mientras una esquela reproduce los cargos realizado por Blasco en las primeras páginas de su libro. La siguiente página está dedicada a homenajear a Galán y Hernández y a Blasco, con sendas fotografías y un texto que, en el caso del valenciano, no deja lugar a la duda: le atribuye el mérito de haberse enfrentado a la dictadura, de haber desenmascarado a la monarquía y de haber mantenido vivo el sueño de la república. Y más de medio millón de españoles pudieron leer y compartir esta valoración, porque *La Traca* siguió siendo un gran éxito de ventas cada semana hasta su nueva suspensión en 1934.

Rendir tributo al héroe, además de los honores, pronto se entendió que pasaba por repatriar sus restos. El 17 de abril, *Heraldo de Madrid* hacía el anuncio con rotundidad: “El mandato de un muerto. Hay que traer a España el cadáver de Blasco Ibáñez”. Al día siguiente, *El Liberal* publicaba otro artículo, con la firma de José Manuel de Armiñán, titulado: “Vicente Blasco Ibáñez, el ilustre republicano perseguido, debe estar en el panteón de hombres ilustres”. A principios de mayo ya se había organizado una comisión, encabezada por el concejal republicano catalán, Roure Carricarte, y el secretario del Ateneo de Madrid, Moreno Leguía, encargada de organizar los homenajes a Blasco. Entre sus propuestas al gobierno provisional figuraban, además de iniciar los trámites para el traslado, solicitar al Ministro de Instrucción que un día al año, en todas las escuelas del país, los maestros explicasen a sus



alumnos “la significación literaria y los valores democráticos” de Blasco (*La Libertad*, 27/5/1931). En julio, el Gobernador Civil de Valencia anunciaba que la repatriación se produciría en el mes de septiembre, lo que provocó nuevas muestras de adhesión, como la de César González Ruano, que, en *Heraldo de Madrid*, de 22 de julio, escribía:

“La República ha de honrar cumplidamente a este auténtico exponente de los hombres a quienes debe su advenimiento. Toda la vida apoplética y magnífica de Blasco fue un canto a la República. Fue un laborar continuo por su triunfo dentro y fuera de España. Porque, así como otros muchos tienen un nombre que solo es pronunciable en su eco hasta la frontera, Blasco, para gloria de España y de la República, que existía en las conciencias antes que en las calles y en las Cortes, había pasado con su nombre todas las fronteras y el grito del Valencia universal había resonado en la sintonía de los continentes y los océanos. No han de olvidarse ahora los honores que estos restos simbólicos merecen. Blasco es el primer ciudadano de la República”.

El anuncio del Gobernador no se cumplió. Lo que no fallaba, sin embargo, era el homenaje de los pueblos. La sección local del diario *El Pueblo* no dejaba de publicar las calles, monumentos y otros actos de reconocimiento que Ayuntamientos y organizaciones realizaban. También la Casa de la Moneda tuvo un recuerdo al editar un sello con su retrato en julio de 1931. La Banda Municipal de Valencia le compuso un pasodoble. Y hasta el pantano de Benagéber fue rebautizado, en abril de 1932, con el nombre del novelista. Pero sus restos no regresaron hasta el otoño de 1933.

El 13 de septiembre de 1933, la comisión organizadora hacía pública por fin la invitación para sumarse al recibimiento del cuerpo de Blasco en Valencia. A partir de ese momento, diversos partidos, organizaciones y personalidades se fueron sumando. También numerosos ayuntamientos se sumaron organizando el viaje a Valencia. El 21 de octubre, el gobierno hizo público el Decreto sobre los honores a tributar: precisaba que una división naval, con el acorazado Jaime I al frente, sería la encargada de realizar el traslado del féretro desde Menton al puerto de Valencia; el descenso del féretro sería solemnizado con vuelos de aviones y salvas de artillería, rindiéndosele los honores militares que las ordenanzas señalan al cadáver de un ministro civil que fallezca en el ejercicio de su cargo (*La Libertad*, 19/10/1933). Por todo ello, 108 aviones se darían cita en Valencia, con 512 militares de distinta graduación, para cumplimentar lo ordenado.

El 26 de octubre se puso en marcha el operativo, con un homenaje de españoles y franceses en Menton. Al mismo tiempo, desde toda España se iniciaba la peregrinación a Valencia. Un tren especial de Madrid a Valencia, organizado por el Partido Radical, trasladaría a 914 personas, incluidas el alcalde y 18 concejales. También los embajadores de Francia y de los Estados Unidos en Madrid. De Barcelona se desplazarían el presidente de la Generalitat, Francesc Macià, el alcalde de Barcelona y varios concejales y representaciones de 300 ayuntamientos de Cataluña. Desde Mallorca, el alcalde, el presidente de la Diputación y 600 mallorquines. De Alicante, el gobernador, numerosos republicanos, y un regalo del Ayuntamiento de Elx de más 500 palmas para que los niños saludasen al féretro. Por cierto, los directores de los colegios de Segunda Enseñanza habían declarado festivo el lunes 30 de octubre para que los estudiantes pudieran sumarse al recibimiento, yendo a visitar el féretro a la Lonja. El Gobernador Civil de Valencia también había ordenado a los empresarios de cines y teatros que los dejasen libres para que pudiesen servir de dormitorios a los miles de visitantes y que los bares y restaurantes no cerrasen en toda la noche.

El domingo, 29 de octubre, fue el día. Desde primeras horas de la mañana, por cualquier medio de transporte, miles de personas fueron llegando a la ciudad. Los balcones estaban decorados con la tricolor y las banderas oficiales ondeaban a media asta. El comité oficial para la recepción y traslado estaba integrado por todo el amplio catálogo de autoridades: además del presidente de la República, ministros, embajadores, gobernadores civiles y otras autoridades, había que sumar una multitudinaria representación de los pueblos valencianos con sus alcaldes a la cabeza, así como representantes de numerosas asociaciones y colectivos, especialmente los líderes locales del PURA. Nunca se había visto nada igual, ni en Valencia ni en ninguna otra ciudad de España. Nunca antes se habían rendido honores semejantes a un español. Diego San José, el batallador periodista republicano, dirá que Blasco es como El Cid, “ganando batallas después de muerto” (*El Pueblo*, 29/10/1933). Incluso la prensa más conservadora, como *El Siglo Futuro* o *La Nación*, catalogarán el acto como “Una apoteosis desproporcionada” y, por supuesto, a su juicio, innecesaria. Sin embargo, la prensa republicana española, con *Heraldo de Madrid* a la cabeza, reconocían la jornada del 29 de octubre como histórica y llena de emoción. Los medios gráficos, desde el diario *Ahora* a las revistas como *Crónica*, dedicaron amplios reportajes al acontecimiento. Y, por supuesto, *El Pueblo*, su diario, le dedicó una edición especial de 40 páginas.

El féretro fue portado a hombros desde el puerto del Grao hasta la Lonja de Valencia. Detrás del ataúd marchaba un armón de artillería cubierto por un paño negro y oro, sobre el cual había sido colocada la bandera de España. El presidente, Alcalá Zamora, era el primero en seguirlo. Tras él marchaban el secretario de la Presidencia y personal de la Casa militar. A continuación, los ministros, Botella Asensi, Pita Romero, Lara y Gordón Ordás. Después Macià y algunos miembros de su gobierno. Luego los familiares. Un total 1.040 hombres se fueron turnando para llevar a hombros al ataúd que, con un peso de 700 kilos, había costado 60.000 pesetas de construir. Cien bandas de música, de otros tantos municipios valencianos, se fueron dando el relevo durante

todo el recorrido, a unos cien metros una de otra. Y tras ellos, además del cortejo fúnebre que se calculó en torno a las 20.000 personas, otras 300.000 acompañaron el desfile (*Heraldo de Madrid*, 30/10/1933). La compañía Hixpano Fox Film grabó todo el acto, presentándolo el 11 de noviembre en la cartelera valenciana como “el reportaje sonoro más sensacional”.

Durante una semana estuvo expuesto el féretro en la Lonja, sucediéndose las emociones y las muestras de reconocimiento. Valencianos de todas las edades y condiciones desfilaron ante el arcón, que estaba flanqueado por la figura de una matrona republicana con la antorcha de la libertad y un león rampante del escudo español. En el teatro Principal de la ciudad se organizaron distintos actos de homenaje, inaugurados con un discurso de Alcalá Zamora. Finalmente, el 6 de noviembre era trasladado al cementerio general, donde descansaría en una cámara mortuoria provisional hasta la construcción del mausoleo que había diseñado el destacado arquitecto, Javier Goerlich, a la altura de un gran héroe libertador.

Las muestras de reconocimiento siguieron sucediéndose. En enero de 1934, la universidad francesa de La Sorbonne le tributaba un homenaje ante 3.000 personas, incluida el expresidente del gobierno, Edouard Herriot, al tiempo que en Valencia de nuevo una multitud se congrega ante su sarcófago el día en que se cumplían 6 años de su óbito. Dos meses después, el homenaje lo protagonizaban las mujeres de la Asociación de Educación Cívica. Hasta tal punto seguía vivo su recuerdo que la prensa no dejaba de hacerse eco de manifestaciones como la protagonizada por el trabajador catalán, Pascual Fornés, que en mayo de 1935 fue andando de Barcelona a Valencia con un retrato de Blasco forjado en bronce para depositarlo en su tumba. Durante la guerra, el más destacado será de nuevo el que le tribute el pueblo de Burjassot, en abril de 1938, con motivo de inaugurarse el monumento realizado por el escultor Francisco Marco Díaz. Expuesto frente al histórico Patio de los Silos, el acto contó con distintas intervenciones, un desfile militar y, como colofón, la banda municipal interpretó los himnos regional, nacional y la Internacional (*La Libertad*, 19/4/1938).

Con la dictadura, Blasco fue borrado de las calles, plazas, colegios y monumentos que le brindó el pueblo republicano. Su obra, hasta 1946 en que de nuevo se autorizó la reedición, silenciada. En todo caso, la única faceta que el franquismo toleró de Blasco fue la literaria porque la política, todavía hoy seguimos recuperándola. Pero el Blasco político fue protagonista decisivo del deterioro monárquico y de la proclamación republicana, tal y como quedó patente cuando se le puso nombre y apellidos a la II República.

Hoy en día, Blasco no tiene el mausoleo republicano que proyectó la ciudad en 1933, ni posiblemente el reconocimiento que se merece como luchador por la democracia. Sin embargo, como un día de aquel intenso 1925 escribió: “estoy tranquilo y contemplo sin miedo el porvenir porque sé que este dirá de mí: Pudo mantenerse al margen del combate, y, sin embargo, se lanzó a él (...) Dedicó el resto de su vida a la resurrección de España y al triunfo de la República”. Blasco hizo suya su propia heroificación, sin duda. Si en música, la síncopa es la estrategia de romper el ritmo regular del ritmo, bien puede decirse que el panteón del liberalismo y del republicanismo español continúa sincopado.

## Bibliografía

- AA. VV. (1986): *Vicente Blasco Ibáñez, la aventura del triunfo, 1867-1928*, Valencia: Diputación de Valencia, 1986.
- Angosto Vélez, P.L. (2001). *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Arco López, V. (1988-1989): “La prensa como fuente: España con Honra, un semanario contra la dictadura de Primo de Rivera”, *Studia Histórica*, vol. VI-VI, pp. 113-142.
- Blasco Ibáñez, V. (1925): *Lo que será la República Española. Al país y al ejército*. Valencia: Imprenta la Gutenberg.
- Box, Z. (2006). “La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual”, *Ayer*, 56, pp. 195-218.
- De Diego, J. (2008): *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Esplá Rizo, C. (2002): *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París. Crónicas de París y otros escritos periodísticos. 1916-1930*. Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.
- (2004): *Mi vida hecha cenizas (Diarios 1920-1965)*. Sevilla: Renacimiento.
- Garrido Muro, L. (2000a). “Mitología y héroes progresistas”, en Dardé, C.: *Sagasta y el liberalismo español*. Madrid: Fundación Argentaria-BBVA, pp. 190-205.
- (2000b). “El entierro de Argüelles”, *Historia y Política*, 3, pp. 121-145.
- Gentile, E. (2006). *Politics as Religion*. Princeton University Press.
- Gil Fombellida, M. C. (2003), *Rivas Cherif, Margarita Xirgú y el teatro de la II República*. Madrid: Fundamentos.
- Hall, M.C. (2005). *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*. Madrid: Alianza.
- Laguna Platero, A. (2018): “La construcción de la otra república, la popular”, en Gómez Mompert, J. L., Martínez, F. A., Bordería, E.: *El humor y la cultura política en la España contemporánea*. Barcelona: Editorial Hacer, pp. 73-94.
- León Roca, F. (1970): *Blasco Ibáñez. Política i periodismo*. València: Tres i Quatre.
- Lindholm, C. (1992): *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.

- Lluch-Prats, J. (2015): “El legado de una editorial emblemática: Prometeo (Valencia, 1914)”, Folguera, P. et altri (coord.): *Pensar con la historia desde el siglo XXI*. Madrid: Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 1621-1635.
- Marco Miranda, V. (1975): *Las conspiraciones contra la Dictadura (1923-1930). Relato de un testigo*. Madrid: Tebas.
- Marco Miranda, V. (2005): *Memorias*. Valencia: Consell Valencià de Cultura.
- Martínez Gallego, F.A. (2003): “El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)”, Chust, M. y Mínguez, V. (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: PUV, pp. 253-279.
- (2007): “La República en La Calle: de la memoria republicana al régimen del 14 de abril”, Checa, A., Espejo, C., Langa, C., Vázquez, M. (coords.): *La comunicación durante la Segunda República y la Guerra Civil*. Madrid: Fragua, pp. 232-252.
- (2018): “José Nakens en la construcción de la cultura política republicana”, Gómez Mompert, J. L., Martínez, F. A., Bordería, E.: *El humor y la cultura política en la España contemporánea*. Barcelona: Editorial Hacer, pp. 41-72.
- Mathiez, A. (2012): *Los orígenes de los cultos revolucionarios (1789-1792)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Michonneau, S. (2004). “La política del olvido de la dictadura de Primo de Rivera: el caso barcelonés”, *Historia y Política*, 12, pp. 105-132.
- Montero, J., Paz, M. A. y Aranda, J. J. (2001): *La imagen pública de la monarquía. Alfonso XIII en la prensa escrita y cinematográfica*. Barcelona: Ariel.
- Moreno Luzón, J. (2013): “Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)”, *Hispania*, vol. LXXIII, 244, pp. 319-348.
- (2017): “Fernando Siete y Media: los escándalos de corrupción de Alfonso XIII”, ponencia en el congreso *Historia de la corrupción política en la España contemporánea (siglos XIX-XXI)*. Barcelona: UAB-Ajuntament de Barcelona.
- Piqueras Arenas, J. A. (2003): “Cultura radical y socialismo en España, 1868-1914”, *Signos Históricos*, 9, pp. 43-71.
- Reig, R. (1982): *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer*. I.A.M. València: Diputació Provincial de València.
- (2000a): “El republicanismo popular”, *Ayer*, 39, pp. 83-102.
- Reig, R. (2000b). “Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Promotor de rebeldías”, Burdiel, I.; Pérez Ledesma, M.: *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe.
- Sebastià, E. (2000): *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibáñez. Proletariado y burguesía*. Valencia: Biblioteca Historia Social.
- Shils, E. (1965): “Charisma, Order and Status”, *American Sociological Review*, 2.
- Smith, P. (1978): *Vicente Blasco Ibáñez. Contra la Restauración. Periodismo Político, 1895-1904*. Valencia.
- Urrutia, M.M. (2009): “Miguel de Unamuno y España con Honra (1924-1925)”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 47, pp. 193-234.
- Varela, J. (2015): *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1868-1928)*. Madrid: Tecnos.

